

DE BUENAS LETRAS

Gil Blas en Granada

WENCESLAO-CARLOS LOZANO

De la Academia de Buenas Letras de Granada



Por pícaro se define al marginado taimado y amoral —entre otras lindezas posibles— del que nuestra literatura ha generado egregios ejemplares fundacionales. Por cierto, este año le toca centenario al ‘Buscón’ quevedesco (1626). Nuestros vecinos franceses adoptaron el tópico literario, asumiendo sin complejos su ascendencia hispana (una cortesía de rigor en tiempos en que los derechos de autor no tenían curso legal), sin menoscabo de ilustres antecedentes nacionales afines al género como Villon y Rabelais, o coetáneo como Charles Sorel y su ‘Histoire comique de Francion’ (1633).

El caso más sonoro de adaptador en origen fue sin duda Alain-René Lesage (1668-1747) que, además de un ‘Bachelier de Salamanque’ (1736) de propio cuño, produjo unas ‘Nouvelles aventures de l’admirable don Quichotte de la Manche’ (1704), fantasiosa recreación del apócrifo de Avellaneda (1614); un ‘Diable boiteux’ (1707) tomado prestado del ‘Diablo cojuelo’ (1641) de Luis Vélez de Guevara; pero, sobre todo, una ‘Histoire de Gil Blas de Santillane’ deudora del ‘Marcos de Obregón’ (1618) de Vicente Espinel, un

éxito de ventas que fue ampliando a doce libros entre 1715 y 1735 (930 apretadas páginas en la edición de La Pléiade).

Hete ahí que, en su Libro VII, nuestro buscavidas se deja caer por Granada tras azarosas andanzas por media España, apañándose para convertirse en negro literario del arzobispo y redactar sus homilias catedralicias dominicales, al tiempo que consigue para un recomendado suyo un cargo de párroco en un pueblo cercano llamado «Gabie», o sea, nuestra Gabia. Tras ser despedido por el jerarca eclesiástico por disensiones estilísticas, se topa casualmente con Laura, una antigua amante no menos aventurera que ahora ejerce de actriz teatral llamada Estela, mantenida por un marqués lusitano afinado temporalmente en nuestra ciudad, y acuerdan fingirse hermanos con tal éxito que este lo contrata como hombre de confianza. Pero no tarda en ser reconocido y denunciado, viéndose forzado a salir por piernas abandonando de nuevo a su amiga a su suerte, hasta Madrid donde lo dejamos sin más a su deriva, ahora entablando amistad con un trasunto del Maese Pedro cervantino.

Sébase que, según conjeturas filológicas razonables, Gil Blas, criado en Oviedo hasta los diecisiete años, no era oriundo de Santillana del Mar, sino de la localidad asturiana de Santullano («Santullane»), cercana a la capital. Un frecuente error francés relativo a la toponimia española que el padre Isla, su primer traductor (1787), no tuvo a bien rectificar, pese a que otros localismos relacionados con Santillana son así mismo asturianos. Y, como tal, un caso más de pifia cultural asentada por tradición.